

1000041

ENTREACTOS *no 28/10***BENÍTEZ**

Por Ramón Vasconcelos

ME ha producido honda, sincera pena la muerte de José Benítez Rodríguez. No sé si este sentimiento, cada vez que desaparece un amigo de la juventud, es como un pesar anticipado por la inevitable desaparición de uno mismo. En el recuento de los coetáneos que se han ido, más numerosos cada vez, se tiene el vago temor de que el turno propio no esté lejano, aunque se tenga el propósito de durar más que Matusalén. Por lo menos, se experimenta una sensación de soledad cada vez mayor. Todo le va siendo extraño, si no hostil, al que desciende por la cuesta de los sesenta. Las costumbres, los gustos, las modas, las ideas, las teorías, los modos de vivir, cambian tanto para el superviviente, que no puede resignarse a que la resaca de los tiempos nuevos lo arroje a la orilla, como a un naufrago, o más exactamente, como a un cadáver.

Benítez era de mi época en "La Prensa". Época de Carbó, de Félix Callejas, de Manolo Segrera, de Alfonsito Fernández, de Taboada, de Capmany, de Lucilo de la Peña, de José Antonio Ramos, empuñados estos dos últimos en la creación del Teatro Cubano. Época de Max Lamarque, corrector de pruebas con más gramática que un académico de la lengua. De Armandito Rodríguez, el jefe de información de los tics nerviosos a la hora del cierre, cuando Taboada importunaba a los linotipistas con la *última noticia* que nunca era la última, porque siempre tenía los bolsillos llenos de últimas noticias. Época del regente Alfredo Rodríguez, siempre de punta en blanco, que entraba y salía del taller sin una mancha de grasa y reservaba un cuadrito de primera plana para algo sensacional. Época de López Rosabal, en eterna caza de dinero de los anunciantes, apremiado por los apuros económicos perpetuos de Carlos Garrido, la cabeza mejor organizada para el negocio de periódico y la mano más incorregible para el derroche, peculiaridad que él explicaba con esta frase: "Soy una fiera para ganar dinero y un infeliz para dejármelo quitar".

Entonces Benítez, que estaba en el secreto de las ccsas, le preguntaba: "Dejártelo quitar ¿por quién, Garrido?"

Fué Benítez el inventor de la muletilla de "¡no hay derecho!" para calificar las desconsideraciones y enormidades de los demás. Capmany, a fuerza de hacer el reportaje de Estado, adquirió aires de diplomático. El y Benítez hacían buenas migas. Con Taboadita, de "La Discusión" —diminutivo empleado para distinguir a Evaristo de Carlos Taboada, el sabueso que en su competencia con Miguel Roldán, que *hacía el puerto* en "La Noche", rival de "La Prensa", llegó a dormir en la Capitanía para que no le dieran ningún palo.

ONIO

DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Benítez, Capmany y Taboadita fueron los precursores de la especulación del petróleo. Desde entonces se buscaba el oro negro en Bacuranao. Habría o no yacimientos petrolíferos, pero los tres hicieron progresos crematísticos suficientes para fundar la empresa del "Mercurio" y darle la agilidad de un diario de información.

Después de disuelta la sociedad, Benítez anduvo por distintas redacciones, activo, buen camarada, bien enterado de las interioridades de la vida comercial, útil en cualquier periódico. Con Jesús J. López y con Bertematy fundó "La Voz del Aire", que sirvió de patrón a las radioemisoras que surgieron más tarde.

Encalló al fin en el Banco Nacional, con Martínez Sáenz, que le guardaba mucha consideración y afecto. Hace pocos días nos vimos en mi despacho. Evocamos estos recuerdos. Hablamos de los viejos compañeros y del locuaz Fernández Cabrera, cuando pretendía que los cronistas parlamentarios fueran siempre de chaquet al Congreso, como en el Madrid antañón de Azorín.

Un automóvil estúpido lo arrolló. Claro, que no sabía lo que estaba haciendo. Pero la culpa de todo la tuvo la vista de Benítez, estropeada por un trabajo ininterrumpido. Pepe Benítez hubiera dicho con su gracejo proverbial, como en los días de "La Prensa": "¡No hay derecho, señores, no hay derecho!"... Y hubiera vuelto a sus papeles y a su maquina de escribir.

Descanse en paz quien en vida la mereció y en realidad no la tuvo nunca.